

## CAPITULO IX.

DE LA OPERACIÓN QUÍMICA POR LA QUE UN HOMBRE SE  
PETRIFICA Y UNA MUJER SE EXHALA.

## I.

Nuestros lectores conocen ya la avitación de Rosa en la la espalda del templo de Regina.

Aquella casa ignorada, desapercibida para el público, contenía nada menos que á la heroína de una novela.

Habían dado ya las nueve de la noche, cuando dos embozados llegaron al zaguán del edificio.

El sacristán salió á habrir previa una seña convenida, y aquellos hombres penetraron en el interior de los aposentos, hasta detenerse en el de los estantes de nogal donde Rosa había recibido al estudiante Mondoñedo.

Descubriéronse los embozados.

El uno era rubio, de ojos azules, llevaba bigote y pera, y en sus ademanes se conocía al político aventurero. El otro era moreno de patillas, frente mezquina, los ojos encontrados y los labios sumamente delgados; que revelaban el más alto grado de susceptibilidad.

—Estoy terriblemente inquieto, dijo el rubio, necesitamos saber cuanto ha pasado porque la empresa está en un hilo.

—No hay que desconfiar; es negocio enteramente arreglado.

—Es que la España no debía haberse detenido ante la iniciación del pacto tripartito, sino haber avanzado sola enteramente sola.

—Esa es cuestión de poco momento: la España ha iniciado el pensamiento y será la dueña de la empresa: desde luego se ha propuesto al candidato para la monarquía, que no es otro que Don Juan de Borbón.

—He aquí el punto de nuestras aspiraciones, este cambio de tronos.

—Isabel II no entregará el de San Fernando á su primo; pero en cambio sostendrá su candidatura en el solio de México.

—Así se acabará en sus inquietudes.

—Y sobre todo las nuestras, amigo mío.

## II.

La puerta vidriera crugió sobre sus goznes, y Rosa se presentó á los desconocidos.

Levantáronse los caballeros, y adelantándose á la joven la saludaron con profundo respeto.

—Manzanedo, dijo Rosa, has recibido tu correspondencia.?

—Una sola carta, en que se me anuncia que la señora condesa me participarla lo que creyese conveniente en este importante negocio.

—Bien, ¿y tú Wask?

—He recibido; dijo el joven rubio, un ejemplar en la del Manzanedo.

—Pues bien, mi padre se encuentra satisfecho de la marcha política; la Inglaterra y la Francia han entrado en la convención que se ha firmado en Londres.

—¿Está firmado? interrogó Wask sin poder contener su alegría.

—En el mes pasado.

—¿Y la señora condesa podrá decirnos los términos de la convención?

—Ya lo sabréis más tarde.

—He visto á M. de Saligny, dijo Manzanedo, y no sabía aun de cierto lo que hemos tenido la satisfacción de oír de labios de V. E.

—Ese señor Saligny, es un imbécil dijo la joven con desprecio; se ha hecho abofetear en público para darse más importancia en el aumento de la "ocupación."

—¿Luego vendrán pronto las escuadras?

—A estas fechas deben haber salido de los puertos europeos.

—Por su puesto, dijo Wask, que las reclamaciones se harán efectivas, y percibiremos las cantidades asignadas.

—Ese es asunto vuestro, caballeros; los míos son aun de más alta estima.

—Perdone S. E., señora condesa pero nuestro porvenir está interesado.

—Lo comprendo; cada uno trabaja por su cuenta.

—¿Y no sabe V. E. algo de candidaturas?

—Sé lo que ya no es un secreto; que Don Juan de Borbón es el postulado.

—¿Y aceptará?

—¿Creen por ventura los hombres débiles y los ilusos que Don Juan dejará pasar toda oportunidad que lo hace de futuros planes? ¿Ignoran que un país con entrañas de oro puede abrirle camino para sentarse en el trono de su padre usurpado por Isabel de Borbón?.....Caballeros, la hora ha llegado para los enemigos de Don Carlos; ese vástago proscrito, errante en las cortes extranjeras, se levanta poderoso, sitúa el punto de apoyo en América para la reparación en el porvenir.

—La Francia y la Inglaterra tendrán también sus aspiraciones.

—¿Y qué importa? Napoleón III ha entrado en el delirio político, sueña con la división de los Estados Unidos, sueña insensato, irrealizable, quimérico.....la Inglaterra va en pos de oro; dejad esas ambiciones de mala ley y sigamos el principio político, él nos dará cuando deseamos, nombre, gloria, riqueza, porvenir.

—Mis aspiraciones son conocidas dijo Wask.

—Tú siguiendo el carácter de tu raza, no te habla el corazón más que el dinero; lo tendrás hasta hogarte en él; y tú, Manzanedo, que has acompañado tantos años á mi padre adoptivo, llegas á la cúspide de sus ambiciones; ¡tienes sed de mando, yo la calmaré!.. el conde de Morella, el sostenedor de la lucha "Carlista" te tiene en un alto concepto, eres su secretario particular; pero no te satisface la intimidad ni el silencio, quieres ostentarte y tienes razón; un hombre de talento para la política como tú, debe brillar; Don Juan de Borbón te llevará á tu lado; has vivido en el olvido en la Gran Bratania, tu nombre sonará en México; he aquí el campo todo nuestro, nuestro hasta regresar á España, cuando la revolución llame al trono á sus legítimos señores.

La joven plegó el ceño, como quien recuerda algo enojoso, y continuó:

—Manzanedo, tu has nacido en América, norte espantosa palabra "traición;" tu conciencia busca la felicidad de tu patria, no te detengas en esa vía por la que has comenzado á dar pasos agigantados.

Manzanedo se estremeció; había algo en su corazón que le decía: "Vender á la patria es un crimen."

Manzanedo y Wask se sentían desaparecer delante de aquel espíritu superior, que se exhalaba en un arranque terrible de ambición.

—Nada han sido los peligros, continuaba la joven, nada la inmensidad de los mares, todo lo he arrostrado por sacar á Don Juan de esa inerte postración en que yace; sus amigos le abandonan, la revolución en España se sofoca y sus fondos languidecen; la herencia de mi padre no es suficiente para la empresa, se necesita algo más grande, por eso yo le he aconsejado la "aceptación." Don Juan vacila empeñado en no salir de Inglaterra sino para la España, ignorando que las líneas rectas son desconocidas en la ciencia política. Cuando desde la vieja Europa se le vea en el pedestal de un trono, su figura proyectará una sombra sobre el suelo patrio, cuando hoy no se le percibe entre las nieblas del Támesis. Sobre ese pedestal podrá acaso leerse en letras de oro: "Hispaniarum et Indiarum Rex."

Los ojos de aquella mujer brillaban con una irradiación maravillosa.

—Seguid, señores, en pos de los proyectos del enviados de Napoleón; recoged la menor palabra que pueda alumbrarnos en esta crisis, y cuidad de no ser descubiertos.

—¿Teme algo la señora Condesa?

—Un pueblo que ve en peligro su independencia, puede á la menor sospecha hacer un ejemplar terrible, y está en su derecho: es necesario no olvidar que son de nuestra raza, de aquellos hombres de 808, de los que prodigaron su sangre en el 2 de Mayo sin retroceder ante la espada de Mural.

Levantáronse los dos caballeros, besaron con respeto la mano á la condesa, é influenciados por la voz de aquella mujer, bajaron en silencio las escaleras y desaparecieron entre las pesadas sombras de la noche.

## III

Luego que los confidentes de la Condesa se alejaron del aposento, el semblante de la joven tomó un aaspecto de melancolía y tristeza. El relámpago había desaparecido de sus ojos; sus labios desdeñosos tomaron el tinte apacible de la sonrisa. Sentóse en uno de los sillones, apoyó su brazo en el bufete, y quedó hundida en una dulce contemplación. Las once daban en el reloj del aposento.

—Es la hora! murmuró la joven; no debe dilatar, saldré de esta terrible ansiedad que me devora.

De repente se dejó oír un ruido de espadas, y voces en la calle. Rosa apagó la luz y se asomó á los cristales del balcón. Dos hombres cruzaban sus aceros con furia horrible.

—No importa decía uno de ellos jadeante de cansancio, la herida no vale la pena.

—Sigamos, decía el otro procurando apagar el timbre de su voz.

—Adelante! continuaba el herido, y la lucha se hacía más empeñada.

—¿En qué terminará este duelo? se preguntaba Rosa, llena de ansiedad; ¿qué le habrá motivado?

No pudiendo calmar su impaciencia, llegóse entre las tinieblas del aposento y tiró del cordón de la campanilla. La puerta se abrió instantáneamente.

—Ved lo que pasa en la calle, y evitad, si es posible, una desgracia.

El criado salió y poco después se oyó redoblar la algarazara de gritos y estocadas.

Después todo quedó en silencio.

—Creo que le he matado; dijo uno de los contendientes al ver trastabillar á su enemigo; veremos si la sangre me dice en la hoja de la espada hasta donde le ha penetrado; y con el acero descubierto se alejó, entrándose por los suburbios de la ciudad.

#### IV.

El sacristán penetró en el aposento llevando luces, y entregó á Rosa una tarjeta.

—Ya estaba impaciente por su llegada! que pase ese caballero.

Pocos momentos después entró un hombre como de cuarenta y seis años, robusto, apuesto, elegante, de color moreno, bigote y perilla cuidadosamente acicalados, frente despejada, mirada inteligente y exquisitos modales.

—La señora Condesa me tiene á sus órdenes.

—Caballero, dijo la dama y le tendió la mano con predilección, antes de vuestra partida he querido deciros algunas palabras.

—Supongo que por el Paquete recibirías cartas del Rey Don Juan.

—Sí, me habla de la candidatura; pero noto en sus expresiones algo de vacilación.

Quedóse pensativo el caballero.

—¿Qué os parece de esta conducta? insistió la dama.

—Que veo muy obscuro el porvenir, y creo además que la liga europea trae otro pensamiento que aun no se revela claramente.

—Es que hay compromisos.....

—Que acaso no se cumplirán.

—Caballero, no me hagáis dudar de mi propia existencia.

—Es muy joven aún la señora condesa para poder apreciar á los hombres en el juego siempre desleal de la política.

—Pero vos sabéis, tanto como yo, el empeño que hay en España para que Don Juan acepte el trono de México.

—Sabéis lo que se le exige?

—No os comprendo bien, tened la bondad de ser más explícito.

—La España, es decir, Doña Isabel II, se vé amenazada de una constante rebelión, por los derechos que los hijos de Don Carlos creen tener al trono español.

—Y que tienen, caballero.

—No es esto una cuestión mía.

—Proseguid.

—Luego que Don Juan abdique de sus derechos, la revolución quedará decapitada.

—Don Juan de Borbón no renunciará jamás á la herencia de sus abuelos. El es el único rey de España, aunque Doña Isabel se siente en el escaño de la usurpación.

—Insisto en que soy ajeno á esa cuestión.

—Concluid, caballero.

—Pues bien, se le exige á Don Juan la renuncia absoluta de sus derechos en su nombre y en el de sus descendientes.

—¡Villanía, infamia!

—Esa es la política, señora.

—Si la liga sostiene la candidatura, la España no podrá oponerse ni tener esas exigencias bastardas.

—Es que la España no se prestaría á dar su contingente de sangre para elevar á su más terrible enemigo, ni ayudaría á levantarlo á esa altura para volver de un hombre un gigante.

—Nada dicen las correspondencias europeas.

—Acaso las vuestra no lo consiguen, pero en las mías se explica perfectamente este asunto.

—Yo creo, señor general, que los mexicanos que trabajan por la "intervención," no encontrarán inconveniente en aceptar al príncipe Don Juan como rey de México.

—Al convocarme á esta cita, fiando á mi honor el secreto de vuestra permanencia en este país, debo responder con entera franqueza y caballerosidad.

Inquietióse vivamente la dama con este preámbulo que nada bueno le auguraba.

—Ya tengo el honor de escucharos.

—El gobierno actual de la República, con sus tendencias y sus hombres, están fuera de mi sentir político; creo que el país se desborda en ese huracán en que lo envuelve la reforma,

sin que esto quiera decir que mis ideas se inclinen al régimen del retroceso.

La fisonomía de la joven se enturbiaba por momentos

—Creo, señora, que mi patria no puede llegar á la altura de mis deseos ni al de sus destinos, sino variando completamente de rumbo.

—Esa es la creencia y la convicción de los hombres de Estado europeos.

—Las naciones aliadas, continuó el General, han pactado que no intervendrán en los asuntos interiores del país.

—Ya sabéis, caballero, que hay mucho tras esa carátula que se llama convicción de Londres.

—Señora, estoy al tanto de todo, pero hay estipulaciones que comprometen y tienen al fin que llevarse á cabo.

—No comprendo bien, señor General.

—Decía, señora, que la liga sostendrá el gobierno que la nación quiera darse.

—Ahí está todo el juego diplomático.

—Precisamente es la razón por la que todo mexicano está en obligación de concurrir, para que no se extravíe el juicio nacional.

—¿Y bien?

—Yo marchó á Veracruz para apersonarme con los aliados y dispongo mis trabajos para el establecimiento de un orden en el cual no se comprometa la independencia de México.

—¿Y creéis, señor General, que no podéis ser una entidad?

—Creo, señora, en todo lo que mi deber me impone; creo que México no podrá resistir el empuje de las tres naciones más poderosas del viejo continente, y que es necesario aprovecharse de esa libre elección para la forma de gobierno y las personas que deben regir los destinos del país.

—Luego pensáis en alguna candidatura mexicana.

—Precisamente; la convención nos ofrece apoyar al gobierno que la nación se designe, veamos si podemos establecerlo según nuestras urgentes necesidades en el estado actual del siglo y de la civilización.

—Señor General, esas ideas y sentimientos no os librarán ante el partido de la República de esa fea nota de..... no me quiero permitir el decir la palabra.

—Señora, no hay temor de pronunciarla; puedo estar en un error, acaso la pasión política haya llegado á poner una venda sobre mis ojos, y las apariencias todas me acusen, pero yo os juro por mi honor, que no busco sino la felicidad de mi patria.

—¿Ignorais las leyes todas que condenan como antipatrióticos, una acción, una palabra, un pensamiento, que tienda á personarse con el extranjero?

—Todo lo sé y lo comprendo, juego en esta lucha hasta mi nombre allende la tumba.

—Veo, por la explicación franca que hemos tenido, que el Príncipe Don Juan no contará con vuestra influencia en el partido intervencionista.

—Ya he tenido el honor de manifestar mis convicciones.

—Y si Don Juan de Borbón os ofreciese el más brillante porvenir de nombre y honra que se pueda alcanzar después del monarca, ¿qué dirías?

—Diría que la liga con el extranjero.....

—¿Y no vais á entrar acaso en un pacto con las naciones de la liga?

—Siento decirlo, señora, que no apreciamos de la misma manera los hechos ni las situaciones.

—¿De pié señor general dijo la joven con altanería: el príncipe Don Juan no necesita de vuestra alianza, estais en libertad para descubrir nuestros planes, el secreto de nuestros planes, está en vuestra mano.

Aquel hombre caballeroso se quedó confuso ante ofensa tan palpitante, sus ojos se fijaron en la joven y sus labios no pudieron pronunciar por mucho tiempo una sola palabra.

—Hemos concluido, señor general, sigo sola en la lucha, no me amedrentan las contrariedades y de hoy más os tendré como al mayor de los enemigos de mi casa. Yo no acepto términos medios el todo por el todo, ó conmigo ó contra mí.

—Dios os guarde señora.

El general salió de aquel recinto espantado de tanta audacia. Aquel personaje, lleno de caballerosidad y adornado con las prominentes dotes del saber y del valor, impulsado por la fatalidad humana en uno de sus errores más espantosos, iba en pos de las naciones aliadas, á pactar con el extranjero para la consecución de sus fines políticos, sin sospechar que la mano de su destino irrevocable lo conducía á las gradas de un cadalso. Aquel hombre era el general Don Manuel Robles Pezuela. La condesa quedó largo tiempo con la mirada fija en la puerta por la que acababa de salir aquel personaje, y después, con la mano trémula por la emoción, agitó la campanilla.

## CAPITULO X.

DONDE SE VE QUE LA HERIDA CUANDO VIENE DE MANO DE ESTUDIANTE NO TRAE APAREJADA AMPUTACION.

## I.

Felipe Cuevas tenía dos pensamientos, el uno era conseguir á todo trance el amor de Isabel, y el otro desenmarañar la tela que envolvía á su buen amigo Mondoñedo. Dirigióse el estudiante á la Casa de Santiago González, que era una pequeña viviendita de casa de vecindad. González vivía con su hermana Loreto, que se mantenía, y de paso mantenía á su hermano, con el trabajo ingratísimo de la aguja. Había dos razones para que Loreto no se hubiera casado; la primera que era fea de "primo cartello;" y la segunda, que era pobre. He aquí dos razones más que suficientes para alejar al sexo feo. Loreto era una buena muchacha, honrada, por supuesto; eran tan pocas las tentaciones, que el diablo debía estar desesperado de aquella virtud sin acechanzas ni enemigos.

Felipe Cuevas era medio literato; ya sabemos por experiencia lo que valen las cosas á "medias." El estudiante sabía versos de memoria y trozos de comedias; ponía cartas de amores con perfección, y sabía galantear á una dama á las mil maravillas. Santiago González estaba, en la época á que se refiere esta verídica historia, en un estado tan triste, que sólo visitaba por las noches, y eso pretextando enfermedad de la vista, para estar en la penumbra y no poner en manifiesto sus destrozados vestidos. González tenía buen cuerpo, sabía llevar perfectamente la levita, cuando la tenía y cuando no, no la llevaba de ninguna manera. Loreto le compraba todos los días los cigarros, y cada año los libros Santiago concurría con puntualidad á sus cátedras de clínica y al hospital; se chanceaba con las Hermanas de la Caridad, se hacía obsequiar de ellas y hasta le pedía prestados algunos reales á la superiora. Sor Dolores se reía de las ocurrencias de González, y lo tenía por un gran calavera, y no permitía mucha intimidad con las muchachuelas. Cuando el estudiante comprendía que Loreto no contaba con un centavo, empeñaba

el libro en la esquina del Colegio de Niñas, donde un español le prestaba cuatro reales sobre cuatro volúmenes. A los pocos días el estudiante sacaba sus "autores" hasta mejor oportunidad. La llegada de Felipe Cuevas con Isabel, lo hizo saltar de gozo; le llevaban á su casa, á su propia casa, á una muchacha; aquello era entrar un ángel por la chimenea. El primer día, Santiago González estuvo retirado, no puso los piés en la casa hasta muy noche, en que fingiendo que tenía mucho que estudiar, se retiró á su cuarto. A la mañana siguiente se ofreció á la orden de Isabel; el tercer día estuvo toda la tarde con ella, y ya desde el cuarto tomó tal confianza, que sólo salía á las horas de cátedra.

## II.

Felipe Cuevas llegó con aire de tutor á la casa de depósito. Isabel le preguntó noticias de Don Fernando.

—¡Bonito papel estoy haciendo! dijo para sí el estudiante.

—No puede prolongarse esta situación, señor Cuevas, decía la joven abandonada.

—Ya lo creo; pero no encuentro como variarla, á menos que usted no quiera volver á la casa paterna.

—Me mataría mi padre.

—Y tendría razón.

—No está malo el consuelo.

—Yo tenía algo más que proponer á usted.

—Deseo oír cualquier cosa por extraña que sea.

—Pues bien, yo.....me.....la.....

—Siga usted.

—En fin, yo quiero casarme con usted.

A pesar del estado de impaciencia que guardaba la joven, comenzó á reír de una manera tan tenaz y estrepitosa, que el estudiante quedó desconcertado.

—No veo, dijo, motivo para una alegría tan inusitada.

Isabel se reía con más gana

—No creo que sea esto una burla; la propuesta de matrimonio es un negocio muy serio para echarlo á risitas.

—Hable usted con formalidad, amigo mío, no estamos para broma.

—¿Le parece á usted bromita un sacramento?

—No el sacramento, sino el sacramentado.

—Señorita Isabel, espero que usted reflexione y me resuelva en el término de tres días.

—Usted se chancea, señor Cuevas, y tenemos mucho de qué tratar.

—Yo de nada entiendo; elija usted: la casa del señor Torre Mellada, y en ese caso va usted sola, porque yo no sano aún del muletazo, ó se casa usted conmigo y "pax christi."

—Vea usted, hablando con franqueza, no acepto ninguna de las propuestas por inconvenientes; yo me encargo de resolver sobre mi porvenir.

—Me matará.

—Lo sentiré mucho.

—Dejaré un papel declarando que usted ha sido la causa de la catástrofe.

—Y yo lo negaré, caballero.

—Y yo lo afirmaré.

—¿Después de muerto?

—No importa.

—Señor Cuevas, lo que siento hacia usted es gratitud por sus atenciones, reconocimiento profundo por una conducta tan noble aunque no tan desinteresada.

—Hablemos claro, lo que yo sospecho ya con fundamento es que Santiago González le está haciendo á usted el amor.

—¿Y qué tiene de particular?

—Para usted nada.

—El señor González lo que hace es entretenerme con el relato de versos y la representación de dramas.

—Vea usted, Isabel, es mejor que no la entretenga usted, en eso hay un peligro que usted no percibe, ese hombre se arrastra como una serpiente boa en pos del cariño de usted y acabará por conseguirlo.

—Se engaña usted, yo tengo un amor desgraciado pero inolvidable.

—Ríase usted de ello, ese Santiago González es un fenómeno en materia de amores.

—Confieso que es simpático.

—Lo dicho, ya está enyerbada, ese hombre me la roba, á mí, á mí que he sufrido un muletazo paterno que me fracturó una costilla, á mí que la he respetado como á una imagen!

—Señor Cuevas, sosiéguese usted, vea que pueden oírlo y ponerme en una situación horrible.

—Es verdad, soy un bruto; ¿á cómo estamos hoy?

—A veintidós.

—Bien.

Felipe Cuevas sacó una cartera y apuntó la fecha.

—¿Qué apunta usted?

—Nada, es una antigua costumbre, yo conservo en esta cartera la memoria de lo que me sucede más espantoso, y lo que veo de más raro. Pase usted la vista, hágame usted el favor.

Isabel tomó la cartera y leyó:

"Día 1.º, 2 y 3 no tuve que comer. Día 1.º de Octubre de 54 ví mil monos en la casa de fieras de Nueva York, entre ellos un verde esmeralda."

Isabel volvió á reírse.

—Así ríe usted de la desgracia!

—No, hombre, de los mil monos americanos.

—Es cierto, ciertísimo y un cocodrilo más carnívoro que mi casero.

—Es usted un hombre célebre.

—Sí, mucho, sobre todo cuando se me desaira; vea usted mejor estaría entre los horrores del museo que en esta situación.

—No desespere tan pronto.

—Es decir que hay alguna esperanza.

—No digo tanto.

—Bien, esperaré hasta que usted se decida á aceptar mi mano.

### III.

Entró en ese momento Santiago González con una botella de anicete y unos pasteles.

—¡Loreto, Isabelita! llegó diciendo el muy socarrón.

—¡Hola! ¿tú por aquí, compañero?

—Sí, dijo Cuevas con solemnidad, tengo el cargo más difícil, el cuidado de esta joven infeliz.

—Déjate de tragedia y vamos á hacer la colación de la noche.

—Este bribón, pensó Cuevas, está gastando los cien duros de la libranza.

Loreto llegó á completar la tertulia.

Isabel, que por ser muy joven olvidaba con frecuencia el chasco que le habían dado los parásitos de Don Fernando, tenía momentos alegres.

—El primer brindis por Isabelita, dijo González.

—Lo estimo mucho, respondió la muchacha.

—¿Conque usted se alegra? dijo intencionalmente Cuevas.

—No hay motivo para entristecerse.

Las copas se vaciaron.

—Brindemos por tu hermana Loreto, que es un ángel, un ángel sacrificado por tus barbaridades.

La segunda edición del vino se consumió.

Siguieron los pasteles que también terminaron.

Las jóvenes suspendieron las libaciones, pero Felipe Cuevas continuó impávido, diciendo que el cuatro de Julio, aniversario de la independencia de los Estados Unidos, había tomado

todo el día patriótico con interrupción de algunos minutos. botellas de coñac, en memoria de Washigton sin atarantarse. Santiago se perturbó algo y comenzó á requebrar descaradamente á Isabel.

Alteróse Felipe Cuevas, mas no teniendo derecho para retar á su amigo, se salió rechinando los dientes como un condenado. Apoderóse de su cerebro exaltado una idea verdaderamente extraña. Fué á su casa, sacó un florete perteneciente á Mondoñedo y se dirigió lleno de brío en busca del estudiante; á quien hacía en la casa del templo de Regina. Larga es la distancia que mediaba entre la apartada calle donde vivía Santiago González y la plazuela de Regina. Felipe Cuevas, llevado entre los vapores del vino, atravesaba las calles sin estar seguro del terreno que pisaba, porque los edificios parecían bambolear á su paso y las banquetas hundirse. Al pasar por el café Fulcheri, lo detuvieron varios compañeros de escuela, á quienes Cuevas ni había conocido, entregado á sus proyectos y reflexiones.

—¿Donde irá ese pájaro?

—Al infierno, contestó Felipe, sin saber quién le hablaba.

—Pues deténgase el embozado.

—¿No me dá la gana!

—Es que hay algo que beber.

—Esa es otra cosa, acepto.

Reunióse Felipe con los estudiantes y entraron á uno de los gabinetes elegantísimos de Fulcheri.

—No me gustan estos estabecimientos, dijo Cuevas; mucha luz, mucho oro en los tapices y mármol y terciopelo; pero nada de substancia.

—El coñac es famoso, observó uno de la estudiantina.

—En todas partes es lo mismo, con la diferencia que aquí vale un real la copa, y en la vinatería una cuartilla.

—Es que no lo has probado.

—Pues probémoslo si hay quien lo pague, y sino que se quede á deber; pero siempre que lo traigan.

Diciendo esto dió dos furibundas palmadas en la mesa.

—Poca repercusión tiene la piedra; ¡canario! en el café de la calle de las Ratas el primer golpe se oye en la Plaza de Armas.

—Como que las mesas son de madera.

—Presentóse inmediatamente un criado y le ordenaron trajera seis copas de cañac.

Luego que las trajeron Felipe despachó la suya con aire campechano.

—Por los calzones del Mal-ladrón que esto parece un je rez.

—Te lo había dicho.

—Bien recomendado, que me traigan otra, necesito templarme á la heróica.

—¿Hay aventura pendiente?

—Siempre traigo alguna en sal, pero nunca como la de esta noche, ved.

Felipe Cuevas enseñó el puño del florete,

—¿Cuchilladas tenemos?

—Sí, ya saben que tengo estudiada una formidable estocada, uñas abajo, uñas arriba y á fondo.

—Hombre muerto.

—Tan muerto que ya vereis mañana algo parecido.

—¿Es algún rival?

—No á esos los veo poco, más ó menos ellos no tienen la culpa.

—¿Pues de que se trata?

—De romper con este florete una telaraña.

—Esa es cuestión de poco momento.

—Es que la telaraña es de acero.

—Varía la cuestión de aspecto amigo mío.

—Para romper telarañas comunes basta una escoba; mi proyecto es más vasto, más heróico y piramidal.

—¿Necesitas compañía?

—Bastante compañía es la del coñac.

—Eso es lógico.

—Conque los abandono.

—Que Dios te lleve por buen camino y que no pases la noche en la Diputación.

—No hay cuidado.

Salióse Felipe Cuevas más atarantado aún de lo que había entrado, y siguió su rumbo á la plazuela donde había puesta la proa.

#### IV,

La noche era densamente obscura y el viento silbaba azotando á los transeuntes y á los edificios.

—¡Demonio! decía Felipe, cada instante me descubre el viento, y temo que vea algún curioso mi tizona. Seguía calle adelante hasta detenerse frente á la iglesia.

—El barrio de Regina tiene un aspecto sombrío, la torre se destaca entre las sombras como un fantasma y reinaba en torno del templo un silencio sepulcral. El estudiante rondó algunos minutos la casa de Rosa.

—Allí debe estar mi amigo, es preciso salvarle, yo no debo dejarle perecer impunemente: bastante me indicó que necesita-

ba del auxilio de un brazo; además que Mondoñedo es un manco atado y pobre de espíritu. Estoy por llamar á esa puerta y romper el misterio.

Estaba Felipe Cuevas á punto de cometer una barbaridad, cuando al sonar la primera campanada de las once, la vidriera del balcón de Rosa se abrió pausadamente, pero sin dejar ver bulto alguno. El estudiante se puso en acecho desde un zaguán del frente. Oyéronse pasos lejanos. El ruido se iba percibiendo con más claridad.

Un caballero embozado hasta los ojos, se detuvo bajo de los balcones. Asomóse una mujer y dijo en voz baja al caballero:

—La señorita está ocupada en este momento: que aguarde usted unos minutos.

—Bien.

El embozado comenzó á pasearse á lo largo de la calle, Felipe Cuevas, á quien estaba haciendo todo su efecto el alcohol, se le metió en la cholla que se trataba algo contra su amigo, y que aquel embozado era un satélite de la dama á quien era preciso retar en duelo. Llevado por el estrabismo de sus argumentos se dirigió al embozado y le dijo con altanería:

—¿Se servirá usted decir á quien ronda la calle?

—Algo debe importar al que pregunta de una manera tan arrogante.

—Algo y mucho; si no se echa fuera de la calle, reñimos.

—Sea dijo el caballero que llevaba una espada de buen temple.

Despojáronse de sus capas aquellos dos calaveras y comenzaron á reñir como si tuviesen ofensa que vengar. Al ruido de las armas fué cuando Rosa se acercó á su balcón, de donde se desprendió llena de inquietud con la vista del general. Estaban en lo más empeñado de la lucha, cuando el portero se acercó á los contendientes sin atreverse á interrumpirlos. El florete del estudiante penetró en el brazo del desconocido y la espada se le escapó de la mano. Felipe Cuevas que vió retroceder á su enemigo, se apresuró á huir por los intrincados callejones del barrio.

—Ese hombre está loco dijo la voz conocida de Don Fernando, el brazo me libró de una estocada mortal. Y envolviéndose en la capa, esperó con el mayor reposo la hora de la cita.



## CAPITULO XI.

DE COMO ES PREFERIBLE TENER UNA ESTOCADA EN EL BRAZO QUE UN DARDO EN EL CORAZÓN.

## I.

Hemos visto á la joven condesa levantarse terrible y amenazante al convencerse de que el general no entraría en sus planes sobre la candidatura de Don Juan de Borbón para el trono de México. Luego que el general abandonó la estancia, dejando rotas del todo sus relaciones con los agentes del conde Mentemolin, la dama se acercó al bufete y escribió con mano segura estos renglones: "El General Robles Pezuela sale mañana de la capital á una de las fincas de campo de las inmediaciones, á esperar la llegada de las escuadras europeas. Luego que las fuerzas hayan desembarcado, partirá á Veracruz para ponerse de acuerdo con el general Almonte. Robles Pezuela es un hombre muy peligroso." Tornó á tocar la campanilla.

—Un hombre de toda confianza, dijo á su viejo guardador, llevará este billete al ministro de la guerra.

El viejo tomó la carta y dijo á la condesa:

—El señor de Mondoñedo hace tres horas que espera su turno.

—Me había olvidado, que pase.

## II.

El estudiante había acudido al llamado de la joven después de revelar su secreto á Felipe Cuevas. Pensaba Mondoñedo en el fin que debía tener aquella aventura singular y en el cariño inmenso que se había apoderado de su alma al contacto de aquella mujer encantadora. El estudiante soñaba con el amor de Rosa y ese velo de poesía misteriosa que la circundaba. La altivez de la joven, sus ademanes majestuosos, sus firmes resoluciones, su carácter impetuoso y su energía obstinada, formaban un contraste con aquel rostro de serafín. Rosa aparecía á los ojos de Mondoñedo como un ser excepcional grande y sublime; así

era también el amor creado sobre aquella forma gigante. El amor brotado en el alma del estudiante, era una de esas plantas venenosas que pueden dar la vida como ocasionar la muerte; era un sentimiento impío luego que se concentraba en un solo objeto para olvidar todo lo que le rodeaba, y una idea religiosa al mismo tiempo; porque amaba á Dios y bendecía su echura sobre la tierra en la forma encantadora de la joven. A fuerza de hablar con ella, de aspirar su aliento, de recibir el rayo de sus miradas en el silencio eterno de su alma, la pasión más sombría se apoderó del corazón virgen aún á esas impresiones terribles de la vida. Mondoñedo era un sonámbulo, andaba en medio del sueño, veía á Rosa, la llamaba y aquella sombra entraba en el misticismo de su creencia. Había un sol en el mundo de sus ilusiones, una luz vivísima que caía en llama eterna sobre su pensamiento. Oía por acaso el nombre de su ídolo, y se estremecía terriblemente. Buscaba en el susurro del viento las palabras de Rosa, quería que el aire perpetuase los ecos argentinos de aquella voz cuyo timbre lo tenía despierto aún en sueños; porque durante sus vigili-  
as prolongadas la visión se presentaba coronada de estrellas á turbar los mares tempestuosos que rugían en el fondo de su alma. Arrastrado por aquel torbellino, esperaba el mundo de los acontecimientos que rompiese el hilo misterioso que lo ataba á la joven con una fuerza irresistible. Como la hoja moviéndose al menor soplo de viento, aquella alma obedecía á una voz imperiosa, imán de sus acciones y pensamientos. Era el amor imposible en todas sus fases; porque el estudiante se había forjado lo irrealizable; porque el giro de la imaginación y el avance de la fantasía no los alcanza ni la luz.

## III.

Presentóse Mondoñedo procurando conservar algo de aliento. A la sola vista de la joven, el estudiante no pudo articular una palabra. Rosa tomó su aspecto familiar y le indicó asiento; él aceptó temblando. Nadie hubiera conocido tras aquella sonrisa angelical la tormenta que acababa de cruzar por el corazón de la condesa.

—Deseaba, dijo con un acento encantador, que me contarais algo de ese mundo en que os habeis lanzado con tan buen éxito.

—Señora, bien poco tengo que referir, si no es una aventura graciosa por lo excéntrica.

—¿Se trata tal vez del conde, vuestro amigo?

—Precisamente.

Una nube ligera pasó por el semblante de la joven.

—Cuenta el señor estudiante, que debe ser muy divertida.

—Es el caso que Don Fernando le hacía el amor á una muchachuela hija de un inválido llamado Torre-Mellada.

Rosa se mordió lijeramente su labio inferior.

—¿Conque le hacía el amor?

—Sí, pero solamente por broma, figúrese usted que la señorita no merece la pena.

—Adelante.

—Los amigos del conde tuvieron la ocurrencia de robar á Isabel, que así se llama la heroína.

—¿Y consumaron el rapto?

—Fué una cosa muy sencilla: con un recado de Don Fernando abandonó el hogar y se entregó á su destino.

—Continuad.

—Los amigos del conde le fueron á dar parte para que acudiese á ver á la dama.

—¿Y fué el conde? preguntó con acento desconcertado la condesa.

—¿Algo le pasa á usted señora?

—Me conmueve ver á una joven presa del engaño y de la perfidia.

—Efectivamente es doloroso.

—¿Nuestro amigo corría en pos de Isabel?

—No, eso es lo excéntrico de que hablaba.

Serenóse el semblante de Rosa.

—El conde reprendió á sus amigos y ordenó que la entregasen á un estudiante que estaba enamorado de la muchacha.

—Es una orden singular.

—Don Fernando no quiso ni aun verla.

—Es muy tarde dijo Rosa, y tengo deseos de reposar; he pasado un día muy inquieto.

—Señora, dijo Mondoñedo sin poderse contener; yo no sé lo que pasa por mí: cada vez que salgo de esta casa, me siento loco y profundamente abatido; es que no está en mi arbitrio contener el torrente desbordado de mi cariño, compadézcase de mis sufrimientos.

—Tengo un sueño horrible, dijo Rosa; otra vez hablaremos, tenga usted calma.

—Es que estoy al borde de un abismo y acabaré por quitarme la existencia.

—Le prohibo á usted disponer de una vida que me pertenece.

—Es cierto, señora.

—Venga usted mañana, que tenemos algo que arreglar. Salióse Mondoñedo pensando en las palabras de la joven.

“le prohibo á usted disponer de una vida, una vida que me pertenece”

El lector, si ha sufrido mal de amores, comprenderá el cúmulo de deduciones que sacaría un sofista enamorado, de aquellas frases misteriosas que nada querían decir entre dos platos.

—Le prohibo á usted disponer (luego me manda,) de una existencia (luego yo existo) que me “pertenece”.....Aquí..... ¡aquí está la ponzoña!

¡Pobre estudiante! ignoraba que la ponzoña la llevaba en el corazón.

## IV.

Luego que salió Mondoñedo la joven se asomó al balcón. dió una ligera palmada y el caballero de la calle se acercó recatadamente:

—¿Sois vos?

—Sí, alma mía, respondió el Conde.

—¿Qué ha pasado?

—Casi nada.

—He oído el choque de espadas.

—Me encontré á un hombre que me disputó el paso y me atacó inmediatamente.

—¿Has sufrido algo?

—Una ligera herida en el brazo.

—¡Dios mío!

—No hay cuidado:

—He oído algo en que tu nombre está mezclado.

—¡Demonio! murmuró el Conde, ya sabe lo de la señorita Mons, y luego, alzando la voz, dijo: No des crédito á esas especies que se propalan con ánimo de desprestigiar.

—Es que no sólo son rumores.

—Te juro, alma mía, que en la tertulia del señor Mons no tengo interés alguno.

—Pues me lo han asegurado, insistió la joven, que sorprendió el hilo de una nueva aventura de su amante.

—Cierto es que concurre á sus diversiones, y aún más te diré, le he dirigido galanteos de sociedad á Eloisa, y nada más.

—Aun hay más todavía, tornó á insistir la joven enamorada, cuya voz comenzaba á hacerse trémula.

—Te habrán dicho que acompañé á la familia al paseo de Todos Santos, dándole el brazo á Eloisa; pero todo ello fué obra de casualidad.

—Retiraos, caballero, dijo Rosa con severidad, os habéis hecho insufrible.

—Por Dios, Rosa, decía el galán, no sospeches de mi cariño.

—Idos, y no me volvais á ver, dijo la joven con altanería; y cerró precipitadamente la vidriera de su balcón.

—¡Demonio! todo se lo llevó la trampa, exclamó Don Fernando, y esta herida que ya se explica con un dolorcillo más que regular.

Envolvióse el brazo fuertemente con el pañuelo.

Ya había dado algunos pasos para retirarse, cuando volvió á abrirse el balcón.

—¿Os marchais, caballero?

—Me habeis despedido de una manera cruel.

—Explicadme todo y acaso os perdonaré.

—Rosa mía, la sociedad tiene sus exigencias, y no he podido excusarme.

—¿Pero no tenéis interés alguno por esa mujer?

—No tengo más alicientes que tu cariño.

—¿Y es hermosa la señorita Mons?

—Delante de tí no hay más que tú.

—Gracias, caballero, pero no os creo; habíais de pensar que yo soy una mujer desgraciada; que vivo en el silencio de este retiro porque mi padre prefiere el ostracismo á permanecer en Inglaterra, después del derrumbamiento de su fortuna.

—Es cierto, pero yo te amo con delirio.

—Indagaré si es cierto lo que me decís.

—Soy hombre muerto, murmuró el conde.

—¿No os molesta la herida?

—Comienza á fastidiarme.

—Pues idos.

—¡Adios, Rosa.

—¡Adios!

—¿Me amas?

—Mañana podré contestaros.

—Una palabra nada más.

—Mañana.

—Rosa, por compasión.

—Bien, os amo.

—¡Gracias!

—¡Adios!

## V.

—Oh! dijo la joven reclinándose sobre los almohadones de su lecho, ese hombre es mi vida, los celos me arre-

batan, pero acrecientan mi cariño. Cuando se iba á manchar sentí que me faltaba la existencia y le detuve; esta debilidad es horrible; pero no soy dueña de mi voluntad. Le amo con toda el alma.

Quedóse la joven sumerjada en una indolencia profunda.

Volvió después la reacción de su espíritu y dijo con voz alta á pesar de hallarse enteramente sola:

—Es necesario revelar todo, este secreto me pesa sobre el corazón, le diré quién soy para que una el respeto á su cariño. Me cree hija de un comerciante y esto humilla su ser aristócrata; además que sus tendencias políticas son las mismas que me han arrojado é este país.

Después de algunos momentos prosigió:

—Este necio de Mondoñedo me ha puesto al tanto de todo lo insignificante, nada me ha hablado de esa señorita Mons..... no importa, el amor que he despertado en el corazón de ese miserable, pone su vida á mi disposición, los acontecimientos se suceden rápidamente y puedo necesitarle.....Dios mío! este amor me ha subyugado á un extremo irresistible: si otro hombre se hubiese permitido levantar la vista á una mujer..... le hubiera arrojado de mi corazón para siempre.....pero entonces yo no hubiera sufrido este tormento, al verlo ausentar, ni le tendría miedo á una separación que sería mi muerte!

Dos lágrimas como gotas de rocío se desprendieron de las ardientes pupilas de la joven.

## CAPITULO XII.

### DE COMO EL INVALIDO TORRE-MELLADA POR DARLE AL VIOLIN LE DIO AL VIOLON

#### I.

El viejo soldado estaba con hipocondría; cierto es que no predominaba en su alma el amor filial, sino el sentimiento del orgullo al verse burlado por una rapazuela.

El inválido abandonó su casa del Niño Perdido y se marchó al pueblo de Mixcoac, diciendo á su casero que iba á tomar temperamento.

La vecindad supo el cuento y de secreto en secreto y de cuchicheo en cuchicheo, se enteró todo el barrio, y del barrio salió en alas de la crónica hasta perderse en ese "marc magnum" de historias que tienen la gran ciudad de los aztecas. Aquella exclamación de Torre-Mellada que se había arrancado

de su pecho y de su memoria era muy significativa. El viejo había dicho al saber la fuga de su hija: "Igual á su madre!" esto quería decir que la buena de su esposa la brigadiera Doña Tomasa Riva de Neyra y Ximénez de Torre-Mellada había tomado las de Villadiego.

No era extraño que la cónyugue del inválido se hubiera revestido de todo el valor heroico para un paso tan formidable, si se atiende á que el inválido era un hombre punto más que insoportable. A los asistentes y gente de tropa los trataba como á su consorte, y quería ser servido conforme á ordenanza aún en los casos más íntimos de la vida doméstica. Así es que la señora brigadiera Doña Tomasa Riva de Neyra y Ximénez de Torre Mellada, la levantaba al toque de "diana," y la hacía acostar al de "silencio," y comer á la hora de "rancho." La infeliz cónyugue no andaba sino que "marchaba," y como el inválido era soldado de caballería, hacía que sus infelices criados trotaran ó anduvieran á escape ó galope, según la prisa que tenía Torre-Mellada, en sus asuntos. Sucedió lo que había de suceder, que la brigadiera tocó trote y se escapó con el ayudante, y Torre-Mellada la borró de la lista de revista apuntándola como desertora en campaña, y decimos que en campaña, porque el día y parte de la noche la pasaban en reyertas domésticas que subían á tal grado, que hubo vez en que la brigadiera desplumó el sombrero montado de Torre-Mellada y el inválido hizo pedazos el peinetón de carey en las mejillas de su consorte. El soldado dió á criar á su hija Isabel á una señora de la vecindad y ya que estuvo crecida la llevó á su casa. La chica se educó entre los soldados asistentes, y estaba entregada á las diversiones contrarias á su sexo. Isabel se ponía una cachucha de su padre, se montaba en un carrizo, y con espada en mano recorría las viviendas ajenas haciendo destrozos. Si los vecinos se quejaban, el viejo echaba [como vulgarmente se dice] sapos y culebras por aquella boca de infierno. La niña recibía una reprensión y añadía á su catálogo dos ó tres palabras no muy edificantes del vocabulario del veterano. Isabel fué haciéndose señorita; pero con un carácter impetuoso y terrible, aunque predominaba en ella el género burlesco. Desatendida la joven por su padre, su educación era mala y no podía parar en bien. En un bailecito de "candil," como había dicho Don Fernando, se había encontrado con el vástago del Conde del Jaral. El título la deslumbró, soñó un instante con ser condesa y comenzó á coquetear con el calavera, que pasó con la chica un rato agradable de conversación. Don Fernando la pidió una cita. Isabel no pudo negarla y el Conde, por no tener en qué ocuparse acudió á perder un rato al lado de Isabel. Los amigos de Don Fernando le dieron á la muchacha un recado supuesto, ella lo creyó, y sin reflexionar un momento sobre el paso que iba á dar, se salió de su ca-